

Sobre la desconcertante maleabilidad de la memoria. Interpretaciones derechistas de la «Patagonia trágica» en Argentina, 1920-1974¹

ERNESTO BOHOSLAVSKY

UNIVERSIDAD NACIONAL DE GENERAL SARMIENTO

ABSTRACT: Osvaldo Bayer's *Los vengadores de la Patagonia trágica* (1972) has prompted a large sequence of polemical discourses about the so-called «Patagonia trágica» (1921) [the slaughter of rural workers in this Argentinian region]. The different interpretations of the event have gone through stages of silence and revitalization throughout the decades, presenting the ideological interpretative movement in each historical period under analysis as a consequence of the specific dominant discursive formations of the times. Accordingly, this paper examines the mutations experienced by the «rightist» interpretations sponsored by landowners' associations, the Army, the Press, the Liga Patriótica Argentina [Argentinian Patriotic League] and some traditionalist historians, in order to meet their own social and political agendas.

Keywords: violence, cultural representation, history, dominant discourses, politics, memory, ideology.

RESUMEN: Detrás de la popularización de la obra de Osvaldo Bayer *Los vengadores de la Patagonia trágica* (1972) ha existido el propósito de legitimar diversos discursos históricos sobre los fusilamientos de 1921 en la Patagonia. La discusión en torno a la cuestión ha sufrido etapas de silencios y de revitalización en las que es posible discernir los diferentes deslizamientos interpretativos propiciados por las construcciones ideológicas dominantes. Este artículo intenta dar cuenta de las mutaciones de tales interpretaciones «derechistas», promovidas por asociaciones de propietarios, el ejército, la prensa, la Liga Patriótica Argentina y ciertos historiadores tradicionales, cuya intención era consolidar sus propios idearios sociales y políticos a través del revisionismo histórico.

1. El autor agradece los comentarios de Alejandro Cattaruzza, Daniel Lvovich y Margarita Pierini a versiones preliminares de este artículo.

Palabras clave: violencia, representación cultural, historia, discursos dominantes, política, memoria, ideología.

Este artículo pretende dar cuenta de las interpretaciones derechistas sobre la feroz matanza de obreros rurales producida en el sur argentino en 1921, que fue conocida como «Patagonia trágica». En las versiones contemporáneas a los sucesos y las producidas en las siguientes cinco décadas, los debates sobre la «Patagonia trágica» se alternaron con décadas de silencio o de evocación poco problemática. Los momentos en los que emergió la polémica permitieron discernir la mutación ideológica, ya que la interpretación derechista adquirió dinamismo: pasó de ser una versión centrada en las figuras del bandolero y del anarquista en los años veinte, a otra que respondía más a los cánones de la «Doctrina de la Seguridad Nacional» y de la «chilenofobia». La radicalización política de los años sesenta, la creciente influencia de las teorías de la acción contrarrevolucionaria y una persistente tradición castrense de desconfianza frente a Chile incentivaron esas nuevas versiones.

La caracterización de lo ocurrido en la Patagonia austral aparece descrita con solvencia en Bayer (1972) o Lafuente (2002), entre otros. Sin embargo, este trabajo no propone una indagación acerca de *qué pasó*, sino sobre *cómo se lo recordó*, razón por la que no se incluye la presentación de los eventos. *Lo que sucedió* no constituye una realidad objetivamente fijada sobre la que se construyen interpretaciones, sino que definir *lo que sucedió* confecciona el núcleo de cada interpretación en juego. En este sentido, los eventos señalados como *ocurridos* son parte inescindible de la argumentación, y carentes de autonomía respecto de su análisis. Por otra parte, describir *qué es lo que sucedió* significaría desviarse de una historia de las representaciones políticas e históricas de los fusilamientos, como aquí se pretende. Por último, la relación entre los sucesos y las diversas interpretaciones que sobre ellos se suceden, sin ser de desvinculación absoluta, dista de ser directa y obvia, como corroboraría el hecho de que sobre cierta evidencia disponible –y, en algunos casos, falseada o silenciada– haya sido posible articular más de una versión.

1. La interpretación contemporánea

La Liga Patriótica Argentina (LPA), la prensa ligada al conservadurismo, los militares involucrados en la masacre y la Sociedad Rural de Río Gallegos (capital del sureño Territorio de Santa Cruz) articularon discursos bastante similares para explicar las huelgas obreras de 1921. La coincidencia en todos estos discursos

no puede llamar la atención dada la multiplicidad y simultaneidad de los vínculos personales, políticos y culturales entre estos grupos y asociaciones.² La única diferencia destacable consistió en el mayor radicalismo mostrado por la LPA para describir la «revuelta», a la que consideraba similar a la «Semana Trágica» de 1919. El tono alarmista caracterizó esta primera versión de los sucesos: la prensa denunciaba depredaciones, asesinatos e incendios, sin esperar a que esos hechos fueran confirmados, generando un «efecto de realidad» que instalaba la idea de caos social en el sur.³ Tanto *La Nación* como *La Prensa* presentaron un panorama desolador a lo largo del conflicto, haciéndose eco de los pavorosos telegramas de sus corresponsales (LPA, 1922: 7-8).⁴ Adicionalmente, los otros dos pilares de esta versión se centraban en la idea de una conjura bandolero-anarquista, así como la incapacidad y la desidia del gobierno nacional, recayendo el acento sobre uno u otro de estos dos elementos, según los intereses de cada actor en disputa.

En estos discursos sólo aparecen referencias aisladas a los problemas laborales como causa de las huelgas (LPA, 1922: 6). Para *La Nación*, que ofreció una caracterización de los incidentes que bien sirve como síntesis de esta postura, en Santa Cruz se abordó un problema delictivo-político, pues «no se trata de huelgas, ni de dificultades entre capitalistas y trabajadores, sino de un movimiento sedicioso, un levantamiento en armas, producido por bandoleros que se titulan obreros» (*La Nación*, 2 de diciembre, 1921, 5). En palabras de un estanciero, la revuelta habría sido protagonizada por bandoleros que aprovecharon el levantamiento obrero para cometer «toda clase de actos vandálicos» (*La Nación*, 9 de diciembre, 1921, 4). Un fulminante editorial alejaba a los revoltosos de la imagen de dirigentes gremiales y los emparentaba con una organización criminal: «su desenfreno de falange tebana en nada podía relacionarse con la acción obrera» (*La Nación*, 14 de diciembre, 1921, 4). Igualmente, las huelgas fueron descritas como un «pretexto para ensayar procedimientos violentos en mira a tendencias inaceptables» (*La Nación*, 22 de agosto, 1921, 4). Por su parte, la Sociedad Rural de Río Gallegos se resistió a aceptar la existencia de un abuso patronal, al considerar injustificadas las reclamaciones sindicales que denunciaban que los obreros «estaban sometidos a un régimen de vida incompatible con su condición de hombres de trabajo» (Correa Falcón y Klappenbach, 1924: 106).

2. *La Nación*, *El Pueblo*, *La Prensa* y *La Fronda* actuaban como elementos propagadores de las actividades de la LPA (Caterina, 1995: 11 y ss.). Las vinculaciones entre Correa Falcón, Carlés y Klappenbach aparecen manifiestamente en *La Nación* (22 de agosto, 1921, 4), *La Unión* (Río Gallegos) (11 de enero, 1922) y la LPA (1922: 77).
3. Aunque escapa a los objetivos de este trabajo, conviene recordar que frente a esta versión se erigieron otras, procedentes de los diarios radicales, socialistas y anarquistas, que constituían una oposición abierta a las versiones derechistas, como en el caso del Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados (1 y 8 de febrero, 1922).
4. Algunos corresponsales lo describían como el paso del «Gran Miedo» y destacaban la inminencia de los ataques «bandoleros» a las ciudades (*La Nación*, 4, 7, 18 de diciembre, 1921). Bayer (1972), por su parte, ha mostrado que tales sucesos nunca existieron.

La revuelta se justificaba como consecuencia de la «propaganda ácrata y disolvente» que venían desplegando algunos sujetos llegados a Santa Cruz (Correa Falcón y Klappenbach, 1924: 96). Disfrazados tras la máscara del interés de los trabajadores, aparecían los comunistas o los anarquistas, buscando objetivos inconfesables que encontraron un caldo de cultivo en la ignorancia de los peones. De ahí que les resultara «sencillo convencerlos de la bondad de sus teorías y de la facilidad con que al final se dividirían las estancias y distribuirían entre ellos las haciendas, siempre, como es natural, que tentarán la aventura comunista» (Correa Falcón y Klappenbach, 1924: 106). La ingenuidad de los peones habría incitado a los «revoltosos» a instalar un «gobierno comunista» que promoviera una revolución en la propiedad agraria y la del ganado: se habían propuesto «establecer el gobierno sovieta en la Patagonia, nueva Arcadia donde todos serían felices y propietarios de un determinado número de ovejas y del campo necesario» (Correa Falcón y Klappenbach, 1924: 107). Un corresponsal informó de que la Federación Obrera de Río Gallegos proyectaba establecer «un gobierno comunista, que partiendo de la Patagonia, iría a rematar en la Capital Federal» (*La Nación*, 27 de enero, 1922; LPA, 1922: 44). La conspiración estaría «dirigida desde la capital por los más conspicuos perturbadores del orden, carentes de escrúpulos» (*El Pueblo*, 9 enero, 1922).

El teniente coronel Varela, responsable de la masacre obrera, también denunció que esa huelga formaba parte de un complot destinado a poner en jaque a la República. En el informe que entregó al Ministerio de Guerra, indicó que el objetivo de la huelga era constituir *soviets* para posteriormente marchar sobre Buenos Aires:

Envaneccidos con su primer triunfo, se despojaron de la careta de simples huelguistas para declararse abiertamente por el establecimiento del régimen de los soviets [...] En el momento oportuno marcharían sobre las ciudades de la costa para derrocar a las autoridades y reemplazarlas por otras obedientes a los soviets de Rusia. Concentrados, marcharían triunfalmente hacia la Capital Federal, donde las otras sociedades obreras, de común acuerdo, los esperarían para engrosar sus filas.

(Punzi, 1991: 88)

En ocasiones, la interpretación derechista se aleja del imaginario delictivo (*bandolero*) o político (*sovieta*) y adquiere un tono civilizatorio. En tales momentos, los huelguistas son incluidos por la LPA dentro del bestiario del Salvaje. La novela del secretario de la LPA, Josué Quesada,⁵ *La mujer que se*

5. Josué Quesada fue un escritor con relieve propio a lo largo de cinco décadas, ya sea por sus colaboraciones periodísticas en *El Hogar*, o como comentarista radiofónico y promotor cinematográfico. Fue secretario de Carlés cuando éste fue interventor en Salta (1918) y San Juan (1922), así como el prologoista de un libro del gobernador Correa Falcón (1950). Quesada mostró sus ideas vehementemente como corresponsal de *La Nación* y en su novela, de amplia difusión popular, según Pierini (2003).

acordó de su sexo (1922), versa sobre un matrimonio de buenos estancieros cercados por la feroz «horda anarquista» a caballo. La obra de Quesada (1922:14) insistía en dar cuenta de la acción depredadora de las «jaurías» de las estepas (¿rusas?):

Se había pronunciado la voz imperativa de la revolución social, y los grupos de extranjeros desagradecidos, como una jauría de lobos famélicos, cayeron sobre la paz de las estancias [...] Una grito extraña, clamando por ideales que traían el sello de la miseria y del hambre de las soledades de la estepa, traducía las voces de los heraldos de la revolución.

La descripción de Manuel Carlés, presidente de la LPA no fue menos impresionista que la de su secretario. En opinión del primero, se trataba de una revuelta gigantesca (50.000 rebeldes, expresó en 1922 (en Punzi, 1991: 60)) de jinetes armados, con el consiguiente secuestro de personas, que asoló la costa patagónica, producto de lo cual «el pánico cundió con caracteres de espanto» (LPA, 1922: 7-8). A la hora de imaginar a los «revoltosos», Carlés recurrió a la imagen del «malón», retratando las huelgas del sur como una reedición de la Conquista del Desierto:

Los cabecillas cruzaron la cordillera acaudillando las primeras mesnadas, que arrearon todo lo que encontraron a su paso; gente, caballos, ovejas, automóviles, camiones, asaltando comercios, quemando estancias y predicando que «convertirían la Patagonia en un solo potrero»; que vencedores en Santa Cruz levantarían al sur de Chile, y unidos en el malón, simultáneamente llegarían allá hasta Valparaíso y Santiago, y no pararían hasta asolar a Buenos Aires. (LPA, 1922: 7-8)

Carlés no responsabilizaba del movimiento huelguista a la actividad anarquista, tanto como a los rebeldes llegados desde Chile, cuya composición en bandas se nutría de «desocupados de todo pelaje, sin trabajo, vagos, fugitivos de la justicia, presidiarios liberados de Ushuaia, y la multitud de aprovechadores del desbarajuste» (LPA, 1922: 7-8). En definitiva, la «escoria» social era la protagonista del enfrentamiento con la tropa argentina, a pesar de lo cual, detrás de estas intenciones revolucionarias se escondía una gran organización militar y política (*La Nación*, 2 de diciembre, 1921, 5). Según *La Unión*, de Río Gallegos, «una horda de desorbitados, inadaptables para la lucha honrada de la vida nos ofrecen el triste espectáculo de dominadores bajo el antifaz de las “reivindicaciones”» (en Bayer, 1972: 23-24).

De acuerdo con la interpretación que venimos detallando, nada de lo proyectado por los anarquistas o de lo ejecutado por los bandoleros habría sido posible sin la dejadez del gobierno nacional. El *obrerismo* y la demagogia del presidente Yrigoyen habrían propiciado la despreocupación del gobierno por el bienestar de

los habitantes patagónicos, lo que se consideraría causa directa del desorden. Un gobierno preocupado por satisfacer demagógicamente a las masas urbanas se había desinteresado de la suerte de la periferia nacional: los territorios patagónicos habrían sido abandonados por el gobierno nacional y «la audacia de los asaltantes no es más que una de las consecuencias del desdén con que se mira a aquellas zonas, quizás porque en ellas no se vota» (*La Nación*, 19 de diciembre, 1921, 4).⁶ Se trataba de un Poder Ejecutivo que desconocía todo sobre el sur (*La Nación*, 4 de febrero, 1922; *La Prensa*, 28 de enero, 1922; LPA, 1922: 7), que nombraba «amigos» en los territorios nacionales (LPA, 1922: 56), y que permitía una policía arbitraria y abusiva: «todo eso engendra, por lógica consecuencia, la anarquía» (*La Nación*, 14 de diciembre, 1921, 4). Igualmente, la conducta inepta de los funcionarios «suscita en la gente honesta aborrecimiento contra toda clase de autoridad, y cuando la peonada se entera del encono motivado del patrón, busca la oportunidad de desacatar y pelear a policías y jueces» (*La Nación*, 6 de febrero, 1922).

Se achacaron, así, a la inacción del gobierno nacional el conjunto de actos de bandolerismo y los futuros males en la Patagonia, como el despoblamiento o la consecución de una rebelión fiscal (*La Nación*, 2, 5, 9 de diciembre, 1921). El balance que el diario de los Mitre realizó de los sucesos indicaba que las tropas habían sido despachadas con tardanza y que se podría haber evitado la gravedad de lo ocurrido, «pero se prefirió contemporizar» (*La Nación*, 27 de enero, 1922; 22 de agosto, 1921, 4). En algunos casos, la denuncia sobre la acción pública tenía nombres concretos: se hizo especialmente responsable al juez Ismael Viñas por haber estimulado la agitación anarquista en lugar de suprimirla (*La Nación*, 22 de agosto, 1921, 4), o se culpaba al gobernador Ángel Iza por su «galantería» y «tolerancia» con los «elementos maleantes» (*La Nación*, 14 de diciembre, 1921, 5; *La Nación*, 18 de diciembre, 1921, 5).

Según Carlés, las autoridades de Santa Cruz condescendían con «los corifeos de desórdenes, lo que aumentaba cada día más el divorcio que las separaba de la gente seria, trabajadora de los territorios» (LPA, 1922: 56). De hecho, Carlés consideraba a Yrigoyen partícipe de lo sucedido debido a su negligencia (Buchrucker, 1987: 35), llegando a sugerir una connivencia entre los dirigentes sindicalistas y el gobierno radical. En alguna de sus opiniones, ambas figuras aparecen fundidas en una sola entidad: así, en una alocución de 1922, Carlés sostuvo que las autoridades «yrigoyenistas» «se decían reformadores de la sociedad y emisarios del personalismo imperante en la política nacional. Con este salvoconducto se introducían en los despachos de las gobernaciones y con mayor desenfado en las tareas

6. Una opinión similar se expresa en la obra de Quesada (1922: 13-14) al señalar que a Yrigoyen los territorios nacionales no le interesaban porque sus habitantes habían perdido el derecho al voto. Además de preocuparse únicamente por ganar las elecciones, supuestamente, Yrigoyen estaba influenciado por la prensa anarquista.

que habitan las comisarías de campaña». Súbitamente, los «emisarios» de Yrigoyen mutan y Carlés más bien parece referirse a los dirigentes sindicales, que eran «los “delegados” de las federaciones obreras, los “agitadores” del oficio a vivir a expensas de los demás, cuando por inútiles eran despedidos en todas partes» (LPA, 1922: 33-34). De alguna manera, la figura del complot entre el *obrerismo* radical y la subversión anarquista se fraguó en estas líneas, a pesar de que, probablemente, la descripción de Carlés se refiriera más al desarrollo de los acontecimientos en Buenos Aires, en donde las autoridades y los sindicalistas habían establecido espacios de negociación para los conflictos laborales (*La Fronda*, 7 de septiembre, 1921, 1).⁷

El carácter extranjero de muchos protagonistas de las huelgas no pasó inadvertido a los medios de comunicación nacionales ni a la LPA. Como expresó Carlés, se trataba de extranjeros desagradecidos que traían la discordia «a la casa honrada para corromper la familia» (LPA, 1922: 73) —la LPA expresó desde sus inicios que la desidia social venía del exterior (Lvovich, 2003). Durante el conflicto, la LPA intentó ocultar el hecho de que entre los propietarios rurales y de frigoríficos hubiese una abrumadora mayoría de británicos, alemanes y españoles, mostrando que, por un lado, había *capitalistas* que contribuían a la economía nacional y, por el otro, trabajadores extranjeros, disfuncionales a la sociedad (McGee, 1999: 95). De manera similar, el teniente coronel Varela declaró que había procedido contra grupos de extranjeros levantados en armas, «enseñando de cuánto es capaz el soldado argentino cuando el extraño quiere desconocer su Constitución nacional y levantar otra bandera que no sea la inmortal insignia de nuestra Patria» (Punzi, 1991: 89). Además de ser el país de origen de muchos huelguistas y destino de los que escapaban de la represión, Varela denunció que Chile había sufrido una injerencia propagandística mediante la cual las autoridades chilenas transmitían versiones de falsos «hechos vandálicos» con el objetivo de desmoralizar a la tropa a su cargo (Punzi, 1991: 89). Significativamente, esta caracterización de Chile como actor secundario de los sucesos fue suprimida del discurso oficial medio siglo después por la memoria militar.

2. Las prolongaciones y el silencio (1929-1967)

Los fusilamientos de Santa Cruz no volvieron a constituirse como tema público sino hasta finales de los años sesenta, pues: generaba incomodidad a

7. Para los anarco-sindicalistas de la Federación Obrera Regional Argentina del IX Congreso, el acceso de los radicales al poder abrió la posibilidad de establecer acuerdos con el Estado y de convertir a éste en garante de las negociaciones con los capitalistas. A su vez, los radicales y los anarco-sindicalistas compartían el objetivo de desplazar a los socialistas de los gremios (Lafuente, 2002: 172; Godio, 2000: 246; Falcón, 2000: 117).

importantes fuerzas políticas e institucionales (el radicalismo y el Ejército); no ofrecía probabilidades de hallar mártires para las fuerzas de izquierda de entonces; era ínfima la capacidad de presión o de generación de políticas de memoria por parte de los familiares de los fusilados, mayoritariamente de origen rural, chileno y de escasos recursos simbólicos y materiales; los anarquistas, quienes sintieron como propios a los muertos, y que se mostraron comprometidos con su memoria (y venganza), después de los años treinta no eran más que una expresión testimonial de la fuerza de otrora.⁸

Tras el libro de Borrero (1928) y un suplemento de la publicación anarquista *La Protesta* (31 de enero, 1929), las referencias a la «Patagonia trágica» se tornaron muy intermitentes después de 1930,⁹ hasta reducirse o desaparecer casi totalmente de las historias del movimiento obrero, de las obras dedicadas a la Patagonia e incluso de los relatos históricos más generales del país, culminando lo que podrían considerarse tres décadas de un silencio casi total sobre el tema.¹⁰ Mientras tanto, las voces del partido radical, para intentar salvar la imagen de Yrigoyen, se limitaban a mostrar que Varela había actuado *motu proprio* («Los sucesos de Santa Cruz», *Cara o Cruz*, 1 de abril, 1955: 7, 8; Luna, 1956: 259). Las revisiones históricas derechistas sobre el tema retomaron las claves ya utilizadas en los años veinte. Cuando se reeditó *La Patagonia trágica* (1957 [1928]), con prólogo del ex-juez Viñas, las contestaciones provinieron de los involucrados personalmente en los episodios, como en el caso de los libros de Correa Falcón, concebidos con el propósito de polemizar con —e incluso desprestigiar a— Borrero, y para «desenmascarar al autor y a su prologuista», acusados de haber chantajeado a los protagonistas de los sucesos (Correa Falcón, 1958: 3; 1966: 30).

La caracterización de Correa Falcón contenía más referencias del mundo delictivo que del político, adjudicándoles actos propios de «individuos desorganizados, sin disciplina alguna y dispuestos al pillaje» (Correa Falcón, 1958: 15), que justificarían que la actuación del Ejército «debía ser necesariamente cruenta»

-
8. Desplazados de la conducción del sindicalismo por las ideologías reformistas o el comunismo, los anarquistas tenían graves dificultades para incluir en su agenda política un tema tan alejado de las experiencias cotidianas de la clase obrera urbana industrial.
 9. Un caso significativo es el de Edelmiro Correa Falcón que, en su condición de alto funcionario del Ministerio del Interior y gobernador interino de Santa Cruz hasta marzo de 1921, se mostró especialmente activo en la represión de la actividad sindical. Mientras fue gobernador, actuó como presidente de la Sociedad Rural de Río Gallegos y miembro de la LPA; presidió el «Río Gallegos Tennis Club» y el diario *La Unión*, de línea pro-estancieros durante el conflicto; fue intendente electo de Río Gallegos (1924-26) y posteriormente se inició como ganadero. Correa Falcón publicó en 1950 un libro sobre las figuras relevantes de la Patagonia austral en el que no se incluían referencias a la huelga de 1921, salvo una mención aislada al ex-presidente de la brigada local de la LPA, del que se comenta que intentó «solucionar dignamente los problemas que hace casi treinta años pusieron en peligro la economía del agro patagónico» (Correa Falcón, 1950: 170).
 10. El general Sarobe (1935) publicó un libro monumental sobre la Patagonia en cuyas 500 páginas no se hace mención a las huelgas de 1921 (aparecen referencias muy indirectas en las páginas 103 y 395). El mismo caso se puede encontrar en Moldes (1937).

para combatir a revoltosos compuestos «en un 96% por extranjeros» (Correa Falcón, 1958: 19; 1966: 45). El ex-gobernador desplegó la misma interpretación de cuarenta años atrás para referirse a los eventos de Santa Cruz: Viñas y otros «yrigoyenistas» como Borrero, «prohijaron y alentaron a los elementos de perturbación» para «promover desórdenes de incalculables derivaciones» (Correa Falcón, 1958: 8-9; 1966: 30), a los que se unía la infiltración extra-gremial, que comenzó «una propaganda destinada a soliviantar a los obreros rurales, que no tenían motivos serios de descontento», hasta el punto de afirmar que «los obreros no cuestionaron mayormente el trato en las estancias» (Correa Falcón, 1966: 36, 42). Correa Falcón expuso los hechos dividiéndolos en una «Primera parte de la revuelta» y «Segunda parte de la revuelta», lo cual incorporaba una idea de secuencialidad en el relato, como si se tratara de etapas pre-definidas de un *crescendo* de radicalidad. La «segunda parte», aunque planificada, habría sido la consecuencia de que los obreros se envalentonaran por la permisividad del gobierno de Yrigoyen, y se lanzaran «con éxito a las más inicuas depredaciones» (Correa Falcón, 1958: 19).

Las pocas políticas de memoria desarrolladas sobre lo ocurrido provenían de los militares protagonistas, como Elbio Anaya, uno de los oficiales que participaron en la campaña del sur.¹¹ Casi medio siglo después de los sucesos, Anaya (1965: 70) seguía pensando que la agitación de los anarquistas y «la política obrerista ensayada por el gobierno, sobre la base de tolerancia y complacencia», habían sido las grandes responsables de los eventos de 1921. Sin embargo, como punto novedoso de su exposición en los años sesenta aparece la crítica a las fuerzas armadas chilenas por negarse a cerrar la frontera y detener a los revoltosos que cruzaban la cordillera, lo cual permitía alimentar la sospecha de la complicidad de los transandinos en la revuelta (Bayer, 1968 a: 53). La denuncia del general Anaya acerca de la complicidad entre carabineros chilenos y huelguistas anarquistas e internacionalistas, totalmente infundada (Bayer, 1972: 57), fue retomada con especial insistencia por la historiografía dedicada a los problemas limítrofes argentinos. Este elemento, que en la estrategia explicativa de Anaya constituye un dato menor –ni siquiera aparece en su polémica con Bayer (*La Opinión*, 29 de mayo, 1974; 10 de julio, 1974) ni en su apología de Varela (Anaya, 1965)– posteriormente fue exagerado en una clave conspirativa y convertido en el factor causal predominante de la revuelta.

11. Anaya, ex-ayudante de Varela, consiguió desarrollar una importante carrera dentro del Ejército y gozó de responsabilidades políticas: general de brigada y ministro de Instrucción Pública y Justicia del gobierno militar instaurado en 1943; miembro del ala antiperonista del Ejército y Secretario de Guerra del presidente Frondizi (*La Nación*, 4 de septiembre, 1959, 1). Anaya presidió una ceremonia de homenaje al teniente coronel Varela en 1943, al cumplirse veinte años de su asesinato. La ceremonia se repitió en 1962 y en ella se descubrió una placa en el Regimiento que dirigió Varela, y se llevó una ofrenda floral al cementerio (Bayer, 1968 b: 74).

3. El recalentamiento de la polémica (1968-1974)

Es mérito exclusivo de Osvaldo Bayer (1968 a: 23) haber relanzado a finales de los años sesenta el tema de los fusilamientos de Santa Cruz. Su contribución en la revista *Todo es Historia* inició una polémica que se extendió por varios años y contribuyó de manera definitiva al actual conocimiento de la materia. En libros de contenido político o histórico, en diarios y revistas, la preocupación por la «Patagonia trágica» se propagó desde los últimos años sesenta hasta el primer lustro de los años setenta, alcanzando difusión nacional, tanto en los libros de Bayer (1972), Fiorito (1971), Troncoso (1971), como en el film *La Patagonia Rebelde* (1974). Así pues, las huelgas australes cobraron una importancia que se había diluido en las décadas anteriores, incorporándose –operación simbólica y discursiva mediante– al martirologio obrero y popular argentino, al cual no habían pertenecido con anterioridad.

La principal reacción de los protagonistas de estos sucesos y de la corporación militar, en particular, se articuló en torno a la idea de la responsabilidad gubernamental chilena por los hechos de 1921. Efectivamente, a fines de los años sesenta, la teoría de la apetencia perpetua de Chile por territorio argentino (Lacoste, 2003) se relacionó con la interpretación de la historia de los fusilamientos de Santa Cruz, lo que propició que, a partir de entonces, se consolidara como una nueva versión sobre los hechos, a pesar de que tal conexión ya hubiera sido realizada poco antes de que Bayer publicara su trabajo (Ornstein, 1967). Las referencias, antaño dominantes, a la acción de «bandoleros», «agitadores», «anarquistas» y «comunistas» se desvanecieron frente a la prominencia del «chileno» como protagonista exclusivo de la «subversión» santacruceña.¹² En esta reinterpretación de los sucesos de 1921 no se eliminaron la desidia «yrigoyenista» ni la agitación anarquista de la explicación, sino que se incluyeron en la tesis de la conspiración chilena.

Mediante el recurso a la cuestión de límites y a la geopolítica, alentado desde los ambientes militares y las figuras procedentes del nacionalismo territorial, se construyó una historia de las relaciones argentino-chilenas que procurase demostrar la apetencia congénita de «La Moneda» por el territorio rioplatense (Bendicho Beired, 1999: 55). El argumento repetido era que Chile, tras vencer en la Guerra del Pacífico, había comenzado una política de expansión para apro-

12. Estos textos no poseen aparato erudito probatorio y en ocasiones son involuntariamente cómicos, como cuando se denuncia que las lagunas de Copahue, «las más radiactivas del mundo», fueron visitadas por una misión secreta chilena en los años cuarenta. Esta misión, «valiéndose de unas mangueras que disimularon todo lo posible, y que desde las citadas lagunas llegaban hasta más allá de la frontera, extraían el agua que, por la ya cita propiedad, tenía particular importancia para la fabricación de agua pesada. Sin embargo, una patrulla de la Gendarmería Nacional descubrió las misteriosas cañerías y procedió a cortarlas» (Caillet-Bois, 1970: 94).

piarse la Patagonia a través de una constante penetración. Entre los métodos utilizados con un «norte fijo, preciso: desmembrar a la Argentina» (Caillet-Bois, 1970: 87), se encontraban: las permanentes incursiones militares desde fines del siglo diecinueve; los tratados y arbitrajes limítrofes; las carreras armamentistas; las permanentes presiones internacionales; la agitación nacionalista de su población; e incluso las huelgas de Santa Cruz (Caillet-Bois, 1970: 112).¹³ Así, la «revuelta» de 1921 fue insertada en un esquema interpretativo de mayor alcance cronológico y explicativo, que la ligaba a las decenas de batallas libradas contra la voracidad territorial chilena.

Alberto Sánchez Zinny (*La Razón*, 11 de julio, 1968, 9) denunció en una conferencia dedicada a un público militar que en las huelgas de Santa Cruz habían actuado oficiales chilenos, y que se habían repartido armas largas entre los peones. Con la intención de afianzar la teoría de la anexión chilena, se reveló que las tropas de Varela se enfrentaron a peones adiestrados con tácticas militares, evidenciadas en «el ordenado desplazamiento de las masas huelguistas, sus métodos de atrincheramiento, las fintas para eludir la batalla» (Scenna, 1970: 88).¹⁴ La intencionalidad militar chilena quedaba confirmada por la presencia en la región del director de Carabineros, Ibáñez del Campo, cuya verdadera intención habría sido asentarse en Puerto Natales para dirigir la huelga / invasión chilena de Argentina. Incluso se señalaba que Varela había tomado prisioneros a varios de esos soldados chilenos (en algunas versiones policías) disfrazados de peones, que fueron entregados a Ibáñez ante su solicitud de devolución de los mismos, aduciendo que se trataba de desertores que iban a ser fusilados. Sin embargo, en nuevos encuentros con los revoltosos, Varela «descubrió que estaban actuando los mismos que el general Ibáñez del Campo había prometido fusilar» (Sánchez Zinny, *La Razón*, 11 de julio, 1968, 9).

De acuerdo con lo que se denunciaba, los oficiales chilenos que adiestraron y armaron a los bandoleros del lado argentino no eran más que la punta del iceberg de un plan de mayor alcance, planeado en «La Moneda». De acuerdo con Sánchez Zinny (*La Razón*, 11 de julio, 1968, 9) y Paz (1981:168), en 1921 un general alemán preparaba al ejército chileno para invadir la Patagonia, usando las huelgas de Santa Cruz como ejercicio de distracción (el intento de invasión se produjo en 1929, según Ornstein (1967: 67), Caillet-Bois (1970: 91) y Scenna (1970: 74)). La rápida actuación del gobierno de Yrigoyen habría permitido

13. Caillet-Bois fue presidente de la Academia Nacional de la Historia y participó en la *Revista de la Escuela Superior de Guerra* como articulista en los ejemplares de 1950-51.

14. Scenna era «uno de los historiadores argentinos de mayor moderación y popularidad. No era un nacionalista al estilo de Irazusta [...] sino un autor respetado por colegas de gran representatividad» (Lacoste, 2003: 19). Scenna colaboró en *Todo es Historia* de 1967 a 1982. Las ideas sobre la apetencia chilena también se reproducen en Paz (1981:168), que denunció la «constante pasión cerril del chileno por las llanuras ajenas y del mestizo por la rapiña».

desbaratar este plan de invasión en 1921, que no se denunció sino hasta 1967, y que habría permitido que «las fuerzas chilenas hubieran llegado sin inconvenientes hacia Comodoro Rivadavia y se hubieran hecho fuertes sobre el río Negro» (Sánchez Zinny, *La Razón*, 11 de julio, 1968, 9).

Si bien los sucesos de Santa Cruz son considerados parte de la «ola roja» posterior al Petrogrado de 1917, según Scenna (1970: 71) su particularidad consistiría en que «desde el comienzo corrió el rumor de una posible injerencia chilena». El coronel Ornstein (1967: 62-63) sostuvo que una «célula bolchevique» dirigió la huelga en el sur, después de fracasar en Buenos Aires en la llamada «Semana Trágica» de 1919, aunque, en realidad, satisfacía el interés chileno por ocupar la Patagonia. A esta presencia institucional transandina se le sumaban otros actores de mayor poder: supuestamente, los representantes diplomáticos norteamericanos e ingleses asentados en Buenos Aires, que habrían planteado la amenaza de una acción directa si la «Casa Rosada» no conseguía defender la vida e inversiones de sus ciudadanos en el sur durante las huelgas de 1921. De esta manera, para consolidar la teoría de la confrontación se necesitaba crear una fuerte alianza anglo-norteamericana-chilena en la que la amenaza de Londres y Washington constituiría «un plato ofrecido en bandeja a La Moneda», pues a Chile le resultaría fácil «alentar la desorganización social, crear un estado permanente de inseguridad y subversión para demostrar que el gobierno argentino era ineficiente para asegurar la tranquilidad» (Scenna, 1970: 71-72). En una fase subsiguiente, la situación resultante evolucionaría hacia la intervención armada anglo-norteamericana, con lo que Chile reclamaría garantías para sus connacionales que vivían en Argentina, procediendo «a la ocupación inmediata de ese territorio para protegerlos» (Scenna, 1970: 71-72).

De acuerdo con Scenna (1970: 71), el teniente coronel Varela sería consciente de que se enfrentaba a una fuerza extranjera alzada contra la nación, por lo que en su ultimátum a los huelguistas los denomina «enemigos del país en que viven» y no «enemigos del orden». Mediante esta reinterpretación, la campaña de Varela, realizada en terreno adverso y con pocos recursos, se transformó en una heroica *blitzkrieg* contra la amenaza directa de un regimiento chileno y de la intervención anglo-norteamericana, a pesar de lo cual, su maniobra no significó el fin de la silenciosa amenaza transandina, ya que «Chile cambia los gobiernos, pero persiste en su plan» (Caillet-Bois, 1970: 88).

Parece lógicamente difícil para esta teoría responder a preguntas como: ¿por qué no aparece ninguna de estas informaciones en los diarios de la época?; ¿por qué las detenciones de carabineros no aparecen registradas en los informes de Varela y sus oficiales? La contradicción que surge de considerar que existía una tropa profesional muy bien pertrechada y que el Ejército argentino sólo registró una baja en la campaña, se resuelve con el argumento «técnico» de la mala calidad

del armamento de los huelguistas (Scenna, 1970: 72). Igualmente, se insiste en que Buenos Aires quiso guardar las formas y no avergonzar internacionalmente a Chile por sus maniobras (Scenna, 1970: 72; Paz, 1981: 190).

Retomando buena parte de la tesis de la responsabilidad chilena, que se había creado entre 1967 y 1970 con la colaboración de algunos historiadores militares, se procuraba glorificar la acción del ejército, y en particular la figura del teniente coronel Varela, considerado mártir de la lucha anti-subversiva (como sería el caso del apologetico artículo del teniente Picciuolo (1974: 103). Por su parte, el coronel Nellar (1974: 133) ponderó el nivel de corrección y orden en la actuación de Varela, al que se le atribuye haber desbaratado un complot chileno y de «ideologías extrañas», que habían avanzado ante «el ambiente extranjerizante y de antipatria reinante» en la Patagonia (Nellar, 1974: 124). Estos escritos producidos por miembros del Ejército, además de proporcionar una explicación centrada en el rol conspirativo chileno, utilizaban una terminología tomada de la «Doctrina de la Seguridad Nacional». El uso de esta doctrina político-militar contribuyó a que se perfilara la huelga de 1921 como un antecedente de las experiencias de «guerrilla» de principios de la década de los años setenta en Argentina, por lo que muchas de las ideas que se despliegan para interpretar las huelgas de Santa Cruz en ese período, en realidad, remiten al creciente desafío de organizaciones armadas como Montoneros o ERP.

El cambio de enfoque quedó patente con motivo de la polémica suscitada por el estreno de la película *La Patagonia rebelde* (1974), con guión de Osvaldo Bayer, y la resistencia del Ministerio de Defensa a la presentación del film. El general Anaya (*La Opinión*, 10 de julio, 1974, 19) intentó desmentir la interpretación de Bayer, a quien acusó de hurtarle documentos, pero, sobre todo, de agudizar las diferencias entre las Fuerzas Armadas y el pueblo (Anaya, *La Opinión*, 29 de mayo, 1974, 19), con la correspondiente respuesta de Bayer (21 de junio, 1974, 19). Anaya, con 85 años, seguía considerando los sucesos como un alzamiento revolucionario que requirió la «enérgica» represión del Ejército: la diferencia interpretativa residía en que ya no se trataba del «miedo rojo» de entreguerras que hablaba de bandoleros, sino que, para Anaya (*La Opinión*, 29 de mayo, 1974, 19), había constituido el «primer ensayo de guerra revolucionaria que hubo en Argentina». De acuerdo con el plan estratégico que habrían diseñado e intentado poner en práctica los revolucionarios, «el primer choque importante con el ejército se produciría en las márgenes del Río Negro, con el pretexto de supuestas “reivindicaciones” de la clase proletaria» (Anaya, *La Opinión*, 29 de mayo, 1974, 19). La ausencia de cualquier documento probatorio lleva a Anaya a anunciar que los detalles de tal plan serán divulgados «en su momento».

En el testimonio de Jorge Gómez (1968: 95), soldado movilizado que participó en la campaña del sur, se señalaba que las huelgas fueron, en realidad, una

maniobra del gobierno chileno o de los bolcheviques.¹⁵ Esta creencia en la existencia del complot bolchevique ilustra acerca de las arengas transmitidas a las tropas antes del «enfrentamiento» con los huelguistas y, a su vez, permite comprobar el grado de difusión de ciertas ideas conspirativas, lo que descarta que su utilización pudiera interpretarse como un mero ejercicio de distracción organizado por la élite.

Un hecho fortuito fue utilizado por el general Tomás Sánchez de Bustamante¹⁶ para presentar la interpretación de la «Patagonia trágica» en clave de episodio revolucionario: en abril de 1974, fuerzas guerrilleras intentaron copar el mismo regimiento que había conducido en 1921 el teniente coronel Varela. En el asalto de 1974 fue muerto el general Gay, lo cual proporcionó a Sánchez de Bustamante la excusa para relacionar su caída con el asesinato de Varela a manos de un anarquista alemán. La fuerza que disparó contra Varela en 1923, según Sánchez de Bustamante (1974: 8), es la misma que mató a Gay medio siglo más tarde:

En trágica coincidencia de circunstancias y de fechas, 51 años más tarde otro jefe del histórico cuerpo cayó también así en el cumplimiento de su deber militar. El general Camilo Gay fue asesinado con los suyos entre los húsares. El ejemplo de las muertes de Varela y de Gay nos recordará con el testimonio de su servicio a la patria, amenazada en las entrañas del ser nacional.

Sánchez de Bustamante aprovechó la ocasión para modelar los sucesos de Santa Cruz alrededor de la insuficiencia de las fuerzas del orden y la presencia de «comunistas y anarquistas extranjeros» que auspiciaron una huelga general revolucionaria caracterizada por su vandalismo, y cuyo objetivo en 1921 era «crear lo que en el lenguaje de la subversión se conoce paradójicamente como zona liberada». Sánchez de Bustamante hizo propias las palabras de Manuel Carlés cuando denunciaba que, «como sucede siempre, los corifeos del desastre llenaron la bolsa y abandonaron el tropel cuando el Ejército debió contenerlo», en lo que constituye un agrio lamento por el silencio de Yrigoyen tras la campaña militar, así como un aviso a las autoridades nacionales de 1974 y la petición de cobertura política para las actividades represivas de la época, que se multiplicarían en los años siguientes. La muerte de Varela «tiene no sólo el valor permanente

15. «Yo tenía hasta el Año 1930, entre mis papeles, algunos documentos recogidos de los “huelguistas” cabecillas (p.e. El Toscano) que demostraban que el Movimiento estaba conectado a otro que debía reventar en Misiones, y que los bolcheviques desde no sé dónde lo alentaban» (Gómez, 1968: 95).

16. Sánchez de Bustamante fue presidente del Instituto de Historia Militar Argentina, director de la Escuela Superior de Guerra y de su revista, en la que colaboró a menudo. También donó a la biblioteca de esa institución los libros *El judío internacional* de H. Ford y *Propaganda bélica y genocidio* de E. Ludendorff.

del morir en el cumplimiento del deber, sino también la actualidad, que es consecuencia de que el enemigo de entonces está todavía hoy entre nosotros, aun más agresivo».¹⁷

4. Conclusiones (memoria, historia, política)

Los años en los que se desarrolló el «miedo rojo» en Argentina se caracterizaron por el alarmismo de los sectores propietarios, marcado por la paradoja de lo que se ha dado en llamar «antibolchevismo sin comunistas» (Rouquié, 1983: 207-214; Zanatta, 1996: 65-71). El miedo impedía concebir los conflictos laborales como resultado del capitalismo, catalogándolos, en consecuencia, como parte de un plan de subversión más propio de lo policial que de lo laboral o lo político. Para los políticos y sectores asustados por un imaginado crecimiento de la izquierda, el gobierno de Yrigoyen aparecía como un avance concreto de las «ideologías disolventes», mientras que la «Semana Trágica» y las huelgas de Santa Cruz (años después conocidas como «Patagonia trágica») proporcionaban argumentos sobre la debilidad del gobierno para tratar con las fuerzas internacionalistas que pretendían desbancar el orden social y económico.

En lo que atañe a las huelgas australes, la interpretación que sostuvieron en los años veinte los estancieros, la LPA y algunos miembros del ejército insistía en distinguir entre los trabajadores, por un lado, y los bandoleros-anarquistas, por el otro. La premisa central de que los propagandistas anarquistas habían incitado a la revuelta a los obreros rurales se fundamentaba en una definición de los sucesos que era a la vez *política* (el desafío «sovietista» al régimen republicano), *nacional* («malos extranjeros» contra argentinos), *delictiva* (forajidos que depre- dan la propiedad) e incluso *cultural* (lucha con los bárbaros que asaltaban a los mojones de civilización del sur). En este marco de ideas resulta arduo encontrar correlaciones permanentes entre las categorías usadas y los productores de ese discurso: tanto *La Nación* como Carlés utilizan de manera indistinta «forajidos», «revoltosos» o «bandoleros», sin merecerles mayor disquisición teórica o política. Sí, en cambio, es posible descubrir silencios: casi no se habla de «huelguistas» para no contribuir a forjar la imagen de un conflicto laboral.

Esta interpretación derechista no sufrió mayores modificaciones durante medio siglo, por lo que no parece acertada la afirmación de que desde 1921 se mencionó la huelga de Santa Cruz «como un intento del ejército chileno para apoderarse de nuestra Patagonia» (Bayer, 1972: 55). Parece más factible sostener

17. Ideas similares expresó Sánchez de Bustamante (en Punzi, 1991: 5). Por iniciativa suya, una puerta de la guarnición de Campo de Mayo se llama «Teniente Coronel Varela» (Bayer, 2003).

que esta idea se difundió desde mediados de los años sesenta, a partir de los incidentes bélicos del islote de Snipes (1958) y de Laguna del Desierto (1965), así como del recalentamiento de la hipótesis del conflicto con Chile. La influencia de estos episodios y, posteriormente, de la obra de Bayer (1968 *a y b*; 1972), estimuló una labor de reingeniería historiográfica que propició una segunda generación de interpretaciones derechistas –liderada por historiadores tradicionales y del Ejército– en la que la responsabilidad ya no recaía sobre anarquistas y bandoleros sino sobre el propio ejército chileno.

Los sucesos de 1921 fueron incorporados a una línea historiográfica de mayor calado, basada en la imagen de Chile como un país expansionista con una insatisfecha vocación de ensanchamiento territorial, nacida del ahogo entre los Andes y el mar. La presencia de Ibáñez, la profesionalidad de los sublevados, la posesión de armas largas y la existencia de un regimiento transandino en territorio argentino configuraron el conjunto de las supuestas «pruebas» del complot chileno, que no quedaron documentadas. Por contra, no se hace mención a los fusilamientos, la acción de los bandoleros o los agitadores anarquistas, así como tampoco la preocupación de la LPA por separar a los buenos inmigrantes de los malos. Finalmente, en los años setenta, algunos de estos discursos adoptaron una terminología militar inspirada en la Doctrina de la Seguridad Nacional («zona liberada», «ensayo de guerra revolucionaria», etc.) que reflejaba las preocupaciones del presente, motivo por el cual los historiadores militares reescribieron la historia de la «Patagonia trágica» en clave contemporánea y fueron construyendo un panteón de héroes anti-subversivos, en el que el teniente coronel Varela ocupaba un privilegiado puesto inaugural.

Referencias bibliográficas

ANAYA, E. C. (1965): «Teniente Coronel Héctor B. Varela», *Revista del Círculo Militar*, 677: 67-73.

BAYER, O. (1968 *a*): «Los vengadores de la Patagonia trágica», *Todo es Historia*, 14: 22-54.

— (1968 *b*): «Los vengadores de la Patagonia trágica II», *Todo es Historia*, 15: 50-89.

— (1972): *Los vengadores de la Patagonia trágica*, Buenos Aires, La Galerna.

— (2003): Entrevista del autor, diciembre.

BENDICHO BEIRED, J. L. (1999): *Sob o signo da nova ordem. Intelectuais autoritários no Brasil e na Argentina (1914-1945)*, São Paulo, Loyola.

BORRERO, J. M. (1928, reimp. 1957): *La Patagonia trágica*, Buenos Aires, edición del autor.

- BUCHRUCKER, C.** (1987): *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- CAILLET-BOIS, R.** (1970): *Cuestiones internacionales (1852-1966)*, Buenos Aires, Eudeba.
- CATERINA, L. M.** (1995): *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del '20*, Buenos Aires, Corregidor.
- CORREA FALCÓN, E.** (1950): *Vidas patagónicas*, Buenos Aires, edición del autor.
— (1958): *Los sucesos de Santa Cruz, 1919 a 1921*, Buenos Aires, edición del autor.
— (1966): *De la llanura, del bosque y de la montaña*, Buenos Aires, Ciordia.
- CORREA FALCÓN, E.; L. KLAPPENBACH** (1924): *La Patagonia argentina. Estudio gráfico y documental del territorio nacional de Santa Cruz*, Buenos Aires, Kraft.
- FALCÓN, R.** (2000) «Políticas laborales y relación Estado-sindicatos en el gobierno de Hipólito Yrigoyen (1916-1922)» en **SURIANO, J.** (ed.) (2000): *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena. 111-125.
- FIORITO, S.** (1971): *Un drama olvidado: las huelgas patagónicas de 1920-21*, Historia Integral Argentina 6, Buenos Aires, CEAL.
- GÓMEZ, J.** (1968): «Lectores amigos», *Todo es Historia*, 17: 95.
- GODIO, J.** (2000): *Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, Corregidor.
- LACOSTE, P.** (2003) *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LAFUENTE, H.** (2002): *Una sociedad en crisis. Las huelgas de 1920 y 1921 en Santa Cruz*, Río Gallegos, C.I.E.N.
- LPA (LIGA PATRIÓTICA ARGENTINA)** (1922): *El culto de la Patagonia. Sucesos de Santa Cruz*, Buenos Aires, Cúneo.
- LUNA, F.** (1956): *Hipólito Yrigoyen. Pueblo y gobierno*, vol. 1, Buenos Aires, Raigal.
- LVOVICH, D.** (2003): *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor.
- MCGEE, S.** (1999): *Las derechas. The Extreme Right in Argentina, Brazil and Chile, 1890-1939*, Stanford, Stanford University Press.
- MOLDES, J. M.** (1937): *La tierra de los tehuelches. Nociones de historia y geografía física, política y económica de la Patagonia*, Buenos Aires, edición del autor.
- NELLAR, F.** (1974): «Clarificación sobre la Campaña realizada por el Regimiento 10 de Caballería, años 1921 y 1922, en base a fuente oficial documental», *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, 413: 121-136.

- ORNSTEIN, L.** (1967): «Problemas fronterizos entre Argentina y Chile», *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, 371: 9-132.
- PAZ, R.** (1981): *El conflicto pendiente*, Buenos Aires, Eudeba.
- PICCIUOLO, J. L.** (1974): «Aspectos de la situación nacional, regional e influencia de las corrientes ideológicas y económicas mundiales», *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, 413: 97-119.
- PIERINI, M.** (2003): «Entre historia y ficción: dos imágenes de la Patagonia trágica en las novelas semanales», IX Jornadas Interescuelas de Historia, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina, 24 - 26 de septiembre.
- PORTAS, J. C.** (2001): *Patagonia. Cinefilia del extremo austral del mundo*, Buenos Aires, Ameghino.
- PUNZI, O.** (1991): *La tragedia patagónica. Historia de un ensayo anarquista*, Buenos Aires, Círculo Militar.
- QUESADA, J.** (1922): *La mujer que se acordó de su sexo*, Buenos Aires.
- ROUQUIÉ, A.** (1983): *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, vol. 1, Buenos Aires, Emecé.
- SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE, T.** (1974): «Los Húsares de Pueyrredón y la Campaña de Santa Cruz», *La Nación*, 17 de abril, 8.
- SAROBE, J. M.** (1935): *La Patagonia y sus problemas*, Buenos Aires, Aniceto López.
- SCENNA, M. A.** (1970): «Argentina-Chile. El secular diferendo», *Todo es Historia*, 45: 67-91.
- (1981): *Argentina-Chile. Una frontera caliente*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- TRONCOSO, O.** (1971): *Los fusilamientos de la Patagonia*, La Historia Popular 61, Buenos Aires, CEAL.
- ZANATTA, L.** (1996) *Del estado liberal a la nación católica*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.